

DE RE MIRACULORUM

Por Antonio Diego Duarte Sánchez (27.428.747-M)

Queridos hermanos: "Cuidado con lo que pides, puede que te lo concedan". Ante cualquier ocasión grave, tendemos a volver nuestra vista a los cielos y pedir imposibles. Todos los dioses con un poco de autoestima han torcido con una u otra intención las leyes naturales: ora para dar gusto a sus caprichos, ora para recompensar algún comportamiento especialmente piadoso, ora pro nobis.... Por lo que a nosotros respecta, pobres mortales, las situaciones comprometidas a que pueden dar lugar nuestras peticiones deberían hacernos tener bien presente la primera línea de este opúsculo.

Como la mayoría de los lectores están familiarizados con la religión cristiana, me referiré a ella sin perjuicio de que cualquier lector de otra confesión nos quiera ilustrar con las particularidades de la suya. Normalmente, mientras el hecho portentoso se circunscribe al sector gastronómico (Las bodas de Caná, los panes y los peces), las consecuencias no van más allá del alivio momentáneo de una situación socialmente desagradable.

Tampoco hay que dar mayor importancia a los milagros orientados al mundo del espectáculo: Caminar sobre las aguas resulta llamativo, pero no le hace daño a nadie; calmar una tempestad inoportuna alivia el mareo, pero no altera el destino trascendente de la Humanidad (que no, que ya os veo venir; que os pensáis que sois muy importantes y que una mariposa puede cambiar el destino cósmico y todo eso...., pues va a ser que no, ¡hala!).

Pero ¿qué pasa cuando el milagro afecta a la salud?. Pensemos por un momento en el parálítico de la piscina de Siloé o en Lázaro... No todo es curar a un leproso (que era considerado alguien impuro y separado de la sociedad, en lo que equivalía a una lenta condena a muerte). Cuando tienes tu vida montada como parálítico es un fastidio que te curen: a partir de ese momento no te queda otra más que trabajar de sol a sol para ganarte un miserable leptón. (¿O es que pensábais realmente que el tipo era un auténtico tullido?)

¿Y qué decir de la resurrección?. O sea, vamos a ver: tú te pones enfermo de la muerte y tienes un amigo que es hijo de Dios. Y te dices: "Bueno, le mando llamar y me saca de ésta". Y no es porque realmente te asuste la muerte, es que tienes dos hermanas sin colocar y la vida está muy mala en Judea por estos años. Total, que Jesús llega tarde, cuando llevas tres días muerto y ya hiedes ligeramente mucho.

¡Y te resucita!. ¡El tío va y te resucita!. Para demostrar lo buen hijo de Dios que es, digo yo, y porque tus hermanitas le han llorado y suplicado. ¡Por Dios!, ¿es que no se dan cuenta?. ¡Si te resucitan tienes que volver a morir!.

A Jesús le da lo mismo, claro. Sabe que, cuando lo maten, resucitará, subirá a los cielos (a la derecha del Padre, según se mire) y sanseacabó. Pero a ti te toca pasar otra enfermedad (casi seguro que desagradable y molesta) y gustar nuevamente la muerte. ¡¿Qué clase de milagros son éstos?!

Por lo tanto, queridos amigos de las ofrendas votivas, jaculatorias y peticiones de preces y panes: pensadlo bien antes de pedir cosas extraordinarias y aprended de la sublime sabiduría de aquel parálítico que, intuyendo lo que se le podía venir encima, exclamó aquello de "¡Virgencica, que me quede como estoy!".

FIN